



DESPUES DE LA PESCA

Salón Robira (Fernando VII, 59)



EN EL PARADOR

LA RECONCILIACIÓN

ENRIQUE y Carlos, ó mejor dicho, don Enrique y don Carlos, porque se trata de dos caballeros de alta sociedad, eran amigos y muy amigos: de toda la vida.

Tenemos pues dos amigos; pero como no tenemos ningún oso, este cuento ó esta narración, no puede titularse como se titula la conocida fábula de Samaniego: *Los dos amigos y el oso*.

Dos amigos decimos, y no así como quiera, sino dos amigos íntimos: lo habían sido siempre. Nacieron el mismo mes. Entre sus familias había estrecha amistad desde muy antiguo. Sus respectivas amas de cría eran igualmente zafias, igualmente bestias y además eran hermanas gemelas.

Juntos crecieron los chicos, juntos fueron á la escuela, en el mismo instituto estudiaron la segunda enseñanza, y en la misma Universidad cursaron la carrera de Leyes.

Con diferencia de un año se doctoraron; porque Enrique era un pequeño más atrasado que Carlos; pero á la vez se dedicaron á la política militando en el mismo partido; y á decir verdad, medró más Carlos que Enrique, porque manejaba con más habilidad y brillantez la elocuencia parlamentaria, aunque Enrique pronunciaba en las votaciones nominales el sí ó el no con entonación más vigorosa.

Á la vez se enamoraron de una linda señorita, simpática y un tanto coquetuela; pero Carlos se adelantó, como se había adelantado en el Doctorado y en la política, y se casó con ella.

No por esto dejaron de ser amigos. Y siendo amigos tan íntimos y después de tantos años de amistad, no hay que decir, si allá, en el fondo del alma se odiarían cordialmente.

De Carlos, ó del Excmo. señor don Carlos de Medina, no podemos asegurarlo; pero en cuanto á Enrique, el odio era evidente.

Un odio profundo, muy profundo, negro, muy negro y muy reconcentrado; embotellado, por decirlo así, durante cincuenta años, fermentando cada vez con más fuerza, y adquiriendo más cuerpo y más alcohol.

Un odio, con levadura de envidia, caldeamiento de pasiones rencorosas y encabezamiento de celos.

Un odio tanto mayor cuanto más oculto. Porque para todo el mundo el cariño de Enrique y de Carlos era un cariño verdaderamente fraternal.

No se quisieron más Pilades y Orestes, aunque vaya usted á saber, cómo se querían, después de tantos siglos.

Hasta en cierta ocasión, Carlos tuvo un duelo por defender á su amigo Enrique. Si en aquella ocasión no le estranguló Enrique, es que le faltó coraje; pero buenas ganas de apretarle el pescuezo á su amigo íntimo, ya las tuvo.

Porque es lo que se decía Enrique á sí mismo: «siempre, siempre humillándome: desde niño; siempre con alardes de superioridad y de protección».

Pero al fin llegó un día en que la ventaja quedó por parte de Enrique.

Era una noche de invierno, y los dos amigos salieron juntos de una conferencia política, y juntos se repartieron en la calle de Alcalá ó una misma pulmonía ó dos pulmonías gemelas.

Es decir, que dos hermanas pastegas, les amamantaron con la misma leche; porque siendo hermanas no cabe duda de que tenían la misma sangre, y por lo tanto idéntico licor lácteo.

Y dos pulmonías, procedentes de la misma ráfaga del Guadarrama, vinieron á morder con sus dienteclillos de hielo en los pulmones de los dos amigos.

Aquella misma noche, los dos se sintieron enfermos. Al día siguiente los dos estaban á la muerte. Á los pocos días le daban á Enrique la noticia de que Carlos había muerto.

La noticia se la dió un amigo íntimo de los dos, quién sabe si con la piadosa intención de acabar con Enrique; pero si esta fué la intención se equivocó grandemente; porque al saber la noticia Enrique revivió, murmurando: «No, esta vez he podido yo más que Carlos: yo no me muero;» y en efecto, á los pocos días entraba en plena convalecencia.

¿Se alegró de la muerte de su amigo, ó la sintió?

Vaya usted á saberlo; hay tantas y tantas complicaciones en la conciencia humana; tantos y tantos repliegues en el corazón y tantos y tantos cambios en la voluntad, que hubiera sido muy difícil resolver las anteriores dudas.

Eso sí, Enrique vistió de riguroso luto, y salió á la calle con la cara muy triste, y además muy pálida. La tristeza se finge y bien podía ser máscara de satánica alegría, aunque no afirmamos que lo fuese; pero la palidez no se finge. Verdad es, que á la palidez de Enrique le ayudaban mucho los residuos de la pulmonía, y por lo tanto, no todo el mérito era suyo.

Pero los amigos políticos dijeron por entonces, «¡cómo le ha sentido: le quería mucho; vamos, que le ha sentido más que su mujer!» No estaba, en efecto, la viuda de Carlos tan pálida como Enrique; verdad es que ella no había tenido ninguna pulmonía.

Pasaron días y meses; pasó la primavera y pasó el verano; y entró Enrique en el otoño con nueva vida y nueva fuerza, como si le hubieran quitado un peso de encima.

Llegó el otoño, y llegó el día de difuntos, para cuyo día, mandó Enrique á la tumba de su amigo una magnífica corona, mayor y más rica y más espléndida que la de la viuda; que de algún modo se han de diferenciar los grados del afecto.

Pero no se contentó Enrique con mandar la corona de rúbrica, sino que allá á la caída de la tarde fué en persona y vestido de luto todavía á visitar al muerto.

¿Le llevaba repentino cariño, ó acaso repentino remordimiento, ó quizá odio refinadísimo?

No es fácil saberlo mientras no se descubran nuevos rayos X para el corazón humano, y con ellos se puedan transparentar sus negruras.

La viuda no fué; pero fué Enrique y se apoyó en un árbol y se quedó mirando fijamente el modesto pero elegante sepulcro de su amigo; porque la viuda era mujer de muy buen gusto, y ni hubiera consentido en llevar ella un vestido cursi, ni en echar sobre el cuerpo del difunto, piedras, verjas, letreros y cruces poco artísticas.

La tarde iba cayendo, el sol se ocultaba entre nubarrones desiguales y caprichosos; unos negros con borde dorado, como paño fúnebre; otros descoloridos y vagos, y en lo alto alguna nube blanquecina.

Realmente no era fácil decidir si aquellos celajes eran alegres ó tristes.

Enrique estaba inmóvil, pálido todavía, con los ojos fijos en la piedra funeraria; y por dentro de la frente le iban pasando, como en prodigioso cinematógrafo, cincuenta años de existencia, escenas en que se veía él reproducido, y siempre con Carlos.

Y le asaltaba por primera vez esta duda: «Carlos, ¿me quería, ó me odiaba?» Y decimos por primera vez, porque para Enrique había sido siempre artículo de fe el odio oculto y reconcentrado de Carlos.

Pero ahora, ante el silencio y la solemnidad de la muerte, en aquellas horas melancólicas del crepúsculo, todo parecía vacilante y envuelto en nieblas, y lo pasado se manifestaba como con tendencias á transformarse, y las pasiones palidecían, como aquellas nubes de occidente, y voces misteriosas brotaban del suelo murmurando con dulzura y tristeza: «para qué odiar; de qué sirve el odio; ¡que un puñado de tierra odie á otro puñado de tierra, es el colmo de la insensatez!» Si el amor es dudoso, acaso el odio lo es también. Capricho del momento, vibración transitoria de los nervios, fantasma que parece terrible, y es al fin y al cabo vapor que toma formas más ó menos trágicas, más ó menos grotescas y luego se desvanece.

Al influjo y bajo el dominio de estos nuevos sentimientos, reproducía Enrique en la imaginación toda su vida y la vida de Carlos.

Había oído decir á su ama de cría, que cuando eran niños, Carlos le quería mucho, y aquella mujer no había de mentir, ¿con qué objeto?

Cuando iban juntos á la escuela, recordó que Carlos, que era más fuerte que él, le defendía en las riñas de los chicos.

Precisamente por eso, empezó Enrique á sentir envidia por Carlos; porque era más fuerte y porque le protegía.

Pensaba entonces que lo hacía por vanidad, por darse tono, por ejercer autoridad sobre su compañero.

Pero ahora pensaba, y si era por cariño?

Nunca lo había imaginado; pero en aquel momento, el caso no le parecía imposible.

Y fueron creciendo, Carlos siempre se mostró afectuoso. Antes había pensado Enrique que todo aquello era hipocresía; pero tal vez no lo era, sino afecto sincero.

En los estudios, siempre le ayudaba Carlos, y en la proximidad de exámenes solía repararle los programas.

Podía ser que de este modo hiciera alarde de superioridad intelectual y pretendiera humillar á Enrique. Sin embargo, Carlos le decía constantemente: «tienes mucho talento; pero eres muy holgazán.»

Y las dudas, que cuando se duda del bien envenenan la sangre, parecían en aquel anochecer de difuntos que la iban purificando.

No, yo no tengo ninguna prueba evidente de su odio.

Y recordaba el instante supremo de su vida, cuando se enamoraron de la misma mujer; Carlos se portó noblemente: hay que confesarlo.

Un día le dijo á Enrique: «yo quiero á Luisa, la quiero con toda mi alma; pero se ha despertado en mí la idea de que tú también la quieres, conque ábreme tu corazón, que yo no seré nunca tu rival. Si me dices que sí, me marcho y no vuelvo en tres ó cuatro años.»

En aquella ocasión, este arranque de Carlos, le pareció á Enrique el colmo de la insolencia y de la burla, y contestó con acento desdeñoso: «qué me importa á mí Luisa; ni me acuerdo de ella.»

Pero ahora le parecía evidente que en aquel trance de rivalidad amorosa, Carlos se portó como un buen amigo.

Y cada vez se afirmaba más Enrique en la idea de que Carlos lo había sido.

¡El, él sí, que había sido el envidioso, el traidor, el mal amigo: él, Enrique!

Nunca le había hecho ningún daño material á Carlos; pero ¿y el corazón? ¿y el pensamiento? ¿y la ternura íntima?

Nunca le había hecho ningún daño; pero se los había deseado todos. Cuando chico, que saliera mal en los exámenes, cuando hombre, que Luisa le engañase; y en las luchas políticas, cuando un orador atacaba á Carlos, ¡qué infame regocijo le corría por todos los nervios!

Era preciso en aquel momento ser franco consigo mismo, aunque nunca había querido confesárselo; la muerte de Carlos había sido para él una alegría suprema, como la de aquél que despierta de una pesadilla, ó arroja una carga pesada, ó se libra de un enemigo mortal.

Y sintió Enrique un dolor profundo, un remordimiento indecible, una angustia inmensa.

Todo el antiguo odio, se iba derritiendo en cariño, encariño y en miedo.

Era de noche, la tumba de Carlos estaba envuelta en sombras; debajo de aquellas piedras estaban los restos de Carlos, y le parecía ver salir un fantasma, diciéndole: «¡miserable, traidor, envidioso, ahora te conozco, ahora te veo, has sido mi Judas; pero las traiciones de Judas duraron unas horas, unos días á lo sumo; y las tuyas han durado cincuenta años! No me asesinaste porque te faltó valor; pero me vendiste con el pensamiento siempre que pudiste venderme!»



Pensó que Carlos le perdonaba, que aquello era un beso de paz, que era la suprema reconciliación; la humedad cariñosa de la lengua perruna era la humedad del beso.

Y le dijo á *Leal*: ven, ven conmigo; y como aún en lo más sublime, hay siempre una nota cómica, Enrique estuvo á punto de decirle al perro:

«Ven conmigo, y hablaremos mucho de tu amo.»

¿Y por qué no? hay muchas maneras de hablar.

Y Enrique se marchó consolado, y el perro le siguió, como hubiera seguido á Carlos.

Buena señal, buena señal, pensó Enrique; es que Carlos me da su perdón.

Así, el perro fué la reconciliación de ultra-tumba de los dos amigos. No lo habían sido; pero lo fueron desde aquella noche de difuntos.

José ECHEGARAY

E. E. Estevan

Ilustración de E. ESTEVAN.